

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 22 AÑO 1996

TEMA 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: **EL “PARSIFAL” DE WOLFRAM VON ESCHENBACH**

AUTOR: *Xavier Nicolás*

Difícilmente se puede hablar del “Parsifal”, desde cualquier punto de vista, sin mencionar en algún momento a Wolfram von Eschenbach. Aunque no excesivamente conocido por el gran público, este trovador alemán, este *Minnesänger*, es una de las piezas claves para entronizar el mito del “Parsifal”, y su obra quedará siempre como un “clásico” en el tema. (1)

¿Qué sabemos de Wolfram von Eschenbach? Realmente no demasiado, aunque lo suficiente para afirmar que fue uno de los más importantes trovadores alemanes de la época de la Wartburg, y que sus odas y composiciones fueron muy loadas en su época. Podríamos afirmar como J. Fastenrath: (2) “¡Descubríos ante la figura del cantor de lo eterno, Wolfram von Eschenbach, que, sin ser un asceta, se remontó a las alturas de lo sobrehumano, a las regiones del mítico Grial...”.

Al parecer, fue un caballero, de aquellos a los que gustaban las justas y torneos, siguiendo las máximas de Ramón Llull. No se sabe a ciencia cierta cuando nació, pero se cree que a finales del siglo XII. Su patria natal fue Baviera, y Eschenbach su pueblo, habiendo vivido gran parte de su vida en Ansbach. Según parece a su pueblo natal se le dio hace unas décadas el nombre de Wolframseschenbach en su memoria, y se erigió un monumento en su honor.

De su producción literaria, su obra más conocida es este “Perceval el Galés”, pero también dejó otras dos, inconclusas: “Titurel” y “Willehalm”, así como otras obras menores.

Lo más curioso del caso es que, según cuentan, Wolfram von Eschenbach no sabía leer ni escribir, (3) lo cual no deja de ser chocante. Al parecer se hacía leer las obras (de tradición oral y escrita) y poseía una prodigiosa memoria. Era una mezcla de caballero medieval y de poeta, de monje y guerrero, “reunía en su persona elementos caballerescos, y populares,

laicos y eclesiásticos; tenía por única riqueza el arte que le dio Dios por única fuente de sustento, el canto; respirando sus poemas la fresca atmósfera del bosque y de las montañas”. (4)

Se cree que concibió su Parsifal a principios del Siglo XIII, en la Wartburg, mítico castillo, cuna de poetas y trovadores; y que lo finalizó en 1215. Allí, en este castillo, donde estos cantores al Amor, estos Maestros Cantores, cuyas tres reglas principales, Dios, su señor y la mujer amada, constituían la fuente de sus inspiraciones, compuso Wolfram su magna obra. Pues él fue el príncipe de los trovadores, la máxima figura junto a Walter der Vogelweide y Heinrich Tannhäuser.

Richard Wagner, el gran músico, también puso su atención en él, y lo inmortalizó en su obra “Tannhäuser”, mostrándonos aquí a un *Wolfram* piadoso y compasivo, caballeresco y receptáculo de virtudes, y máximo exponente de la Renuncia.

Ya Wagner tuvo un primer contacto con la obra de Wolfram von Eschenbach allá por los años 1844-45, cuando ya empezaba a gestar su “Lohengrin”: “Con un libro debajo del brazo (los poemas de Wolfram von Eschenbach) me adentraba en el bosque y, tumbado a orillas de un riachuelo, me distraía en compañía de *Titirel* y *Parsifal*, personajes de estos poemas tan extraños, y, sin embargo, tan familiares, de Wolfram”. (5)

Wagner, como en muchas otras ocasiones, supo captar genialmente lo mejor de este personaje histórico, y lo plasmó en su obra de una manera especial, conmovedora. *Wolfram* es aquí el símbolo de la Renuncia, -como *Hans Sachs* en los “Maestros Cantores” es el signo de la Amistad– y de la Fidelidad a *Tannhäuser*. Sus palabras, en el tercer acto, cuando contempla el sufrimiento de *Elisabeth*, son de una belleza exponente de esto que acabo de decir; es su angustia del pesar ante el dolor de *Elisabeth* (a quien él ama profundamente) por *Tannhäuser*, su fiel amigo:

*“¡Oh Dios del cielo, que puede verle!
¡Si este consuelo no he de encontrar,
dale al menos fuerza para sufrir!”* (6)

Y finalmente será él, con sus palabras, con la sola mención del nombre de *Elisabeth*, quien hará que *Tannhäuser* se redima, se libere. J. M^a Serra de Martínez definió en breves palabras el espíritu de *Wolfram*: “Es el representante único de la amistad cristiana. Toda su vida y su obra no va dirigida a otro fin que defender, que redimir al amigo, a salvar a *Tannhäuser*. su heroico renunciamento y su acción de caridad con el prójimo le convertirán en modelo de abnegación y sacrificio, y su nombre será venerado como héroe de la verdadera amistad”. (7)

Ciñéndonos ya a la obra “Parsifal” de Wolfram von Eschenbach, y visto mucho de lo que sobre el tema se ha escrito, podemos afirmar que es la obra cumbre, junto a la de Chrétien de Troyes (8), sobre este mítico personaje.

La historia, desde sus orígenes hasta el final del ciclo, difiere y diverge del resto, aunque manteniendo ciertos puntos de contacto. Voy a tratar de desglosar la historia de este “Parsifal” de Wolfram, no exhaustivamente, pero sí paso a paso.

Se inicia la obra de Wolfram con la historia del padre de *Parsifal*, *Gamuret* (9), hijo de noble estirpe, del rey *Gandin*. Su vida es el eterno combate, su fin, la gloria. Y para ello decide marcharse a Oriente a ensalzar más su nombre, si cabe. Así va a parar al reino de Zazamanc, donde tras una serie de fortuitos combates, acaba casándose con *Bélacâne*, una reina mora.

Pero pocas felicidades le esperan en este matrimonio, ya que semanas después, *Gamuret* parte de nuevo en pos de más combates y hazañas, dejando en Zazamanc a su esposa y a un hijo por nacer.

Pasado el tiempo reglamentario tiene lugar el nacimiento de este niño, quien, por prodigio divino, nace con la piel de dos colores, blanca y negra. Su nombre será *Feirefiis*, y tendrá un papel muy importante en el contexto de la obra. Este será el hermano de *Parsifal*.

De vuelta a Europa, pasa a España *Gamuret*, saludando al rey de allí, *Kaylet*, primo suyo; y va hacia las Galias, donde se celebran unos torneos en honor de su reina, *Herzeloïde*. El premio al vencedor será la mano de la reina, aún doncella, y su reino.

Gamuret gana las justas, y muy a su pesar, pues ya estaba casado con *Bélacâne* a quien echaba mucho de menos, se casa con *Herzeloïde*.

Pero de nuevo *Gamuret*, eterno errante, viajero infatigable, se va en busca de la diosa Fortuna. Esta vez es Bagdad su meta, y es allí donde al fin encontrará su muerte, este noble caballero, que “descendía de una raza de hadas” según Wolfram (10). Y de nuevo este caballero medieval cristiano, este héroe de héroes, vuelve a dejar otro sucesor, esta vez en el seno de *Herzeloïde*, el que será nuestro joven *Parsifal*.

Es curioso constatar, cuando Wolfram nos hace la descripción física de *Parsifal* a lo largo de la obra, la belleza del héroe. A juzgar por sus palabras, era el más bello y honrado caballero del mundo. Todos cuantos le ven, caballeros y damas, reyes y vasallos, amigos o enemigos; todos coinciden en esto: “De todos los hombres que yo haya visto, él es ciertamente el más bello y mejor hecho”, “todos pudieron convencerse que no había en el mundo criatura más bella”, “Dios había trabajado con amor el día que creó a *Parsifal*, el héroe sin miedo”. (11)

Hecha esta salvedad, y volviendo al hilo de la historia, tenemos que, una vez muerto *Gamuret*, *Herzeloïde* se retira a un bosque profundo, lejos del mundanal ruido, con su hijo, en el país de Soltâne. Con un reducido séquito, instruido para que nadie revele nada al muchacho.

De este niño, que recorre el bosque con su arco y flechas, cazando animalillos, vamos a resaltar dos virtudes que van a ser los puntales de su personalidad: la compasión y la ausencia de miedo.

Recordemos aquí la escena del “Parsifal” wagneriano en que el joven inocente mata a un cisne y los remordimientos tras la reprimenda de *Gurnemanz*. Del mismo modo, a lo largo de la obra, se repiten escenas semejantes, iniciadas ya en su tierna infancia tras la muerte de un pájaro. Asimismo, como *Sigfrido*, *Parsifal* desconoce el miedo, y su temeridad raya con la inocencia, candor infantil que le hace decir. Mientras camina por lo más profundo del bosque y oye ruidos extraños: “¿Qué ruido es ese? ¡Ah! ¡Si fuese el Diablo! Quisiera que apareciese por aquí, con toda su maldad y cólera. No dudaría ni un instante en atacarle”. (12)

Su primera visión de cuatro caballeros, en medio del bosque, le fascina por sus armaduras brillantes y sus espadas. A sus infantiles ojos semejan Dioses. Es su primer encuentro con la caballería andante, y lo que hará que

decida su camino a seguir. Quiere ante todo ir a la corte del Rey Arturo que le mencionaran estos caballeros; aquel rey de reyes que le armará a él caballero.

Esta súbita marcha de *Parsifal*, tan esperada como temida por *Herzeloïde*, provocará su muerte, acontecimiento del cual *Parsifal* no tendrá noticia hasta mucho tiempo después.

Desde su primer combate con *Ither de Gahaviez*, *Parsifal* irá errando de aquí para allá en busca de gloria y renombre, venciendo a cuantos se encuentre en su camino. Tendrá un buen maestro de armas, *Gornemant de Grahars*, personaje que aquí nos aparece con diferente aspecto al del drama sacro de Wagner. Será *Gornemant* quien le enseñará los secretos de la caballería andante y el cual, a través de sus consejos (“nunca hagas demasiadas preguntas”), será el responsable indirecto del fracaso de *Parsifal* en su primer encuentro con el Grial. Seguidamente viene el episodio del encuentro del héroe con *Condwiramour*, con la que contrae nupcias. Y aquí llegamos a un punto clave de la historia de Wolfram con relación al ciclo artúrico. Tal y como se nos presenta al héroe en el conocido ciclo, es precisamente la virtud de la castidad ante todo, lo que hará de *Parsifal* uno de los elegidos para llegar al Santo Grial. Sin embargo, aquí, en la historia de Wolfram, *Parsifal* contrae matrimonio con *Condwiramour* y consuma el mismo, perdiendo esa virginidad original a base de las virtudes “sine qua non” del héroe que ha de alcanzar el Grial en la Vulgata artúrica.

De este modo, *Parsifal* se convierte, por derecho marital, en rey de Beaurepaire, aunque siga conociéndose como el Caballero Bermejo, por haber matado a *Ither* y cogido su armadura de ese color.

Es así como llegamos al castillo del Grial de la mano de *Parsifal*. “Sólo aquellos que no buscan el Grial, lo encontrarán”, esa es la sentencia popular. Y de este modo, *Parsifal* encuentra al rey *Pescador*, y éste le invita a pernoctar en su castillo.

En su interior, pajes y guardianes, van vestidos de verde. Y es así como *Parsifal* ve la lanza que gotea sangre por la punta, y el dolor de *Amfortas*, y nada pregunta, pues su instructor *Gornemant* así se lo dijo. Wolfram nos describe con lujo de detalles todo el castillo, las ceremonias y ritos previos a la aparición del Grial, traídos por la joven *Repanse de Joie*. También nos describe

Wolfram los pensamientos del joven *Parsifal*: “Gornemant me recomendó el no hacer preguntas. Quizás mi estancia aquí sea parecida a la que tuve en casa. Quizás entenderé qué hacen todos estos caballeros aquí reunidos, sin tener que preguntar a nadie”. (13) Esta no-pregunta fatal, se ha querido ver muchas veces como una justificación de su culpa en la muerte de su madre, cuando dejó el hogar y marchó a la corte del rey Arturo. Sin embargo, creo más acertada la tesis que se basa en la propia esencia del candor, inocencia y simpleza de *Parsifal*.

Alguien ha pretendido ver en Wolfram y su obra visiones mágicas y extraños lazos esotérico-místicos: “Su Parzival revela un control intelectual, una tendencia cognoscitiva, alquímica y mágica. Wolfram es un guerrero nato, un guerrero Minnesänger de la guerra esotérica”. (14)

Wolfram nos habla del Grial como una fuente poderosa de poder. De él emana riqueza y abundancia sin límites. Veamos cómo lo describe: “...era un objeto tan solemne, que en el Paraíso no hay nada más bello, el todo perfecto donde nada faltaba y que era al mismo tiempo racimo y flor. Este objeto era llamado el Graal. Y no había sobre la tierra cosa más maravillosa”. (15)

Y este cáliz santo, que todo lo da y todo lo sacia, pasa ante los ojos de *Parsifal* como en un sueño. Y tal como vino, se fue. A la mañana siguiente ya no existe Grial, ni *Amfortas*, ni castillo de Monsalvage. Como una vana ilusión, como un sutil sueño, se desvanece ante sí todo aquel mundo sagrado, y todo ello por no haber hecho la pregunta adecuada.

Parsifal está frustrado, decepcionado de sí mismo. Se siente culpable subjetivamente, se inquiere a sí mismo mil veces, mil preguntas, pero sin respuestas. Y entonces va a la búsqueda del Grial, esa búsqueda del santo cáliz sagrado que únicamente aparece cuando precisamente no se le busca. Monsalvage-Titurel-Amfortas, estos nombres se barajan en la mente de *Parsifal*.

Después de esta derrota moral, en su errante caminar se encuentra *Parsifal* con su prima *Sigune* quien por primera vez le da a conocer su nombre: *Perceval*. A partir de ahí ya no será más el caballero bermejo, ahora tendrá un nombre: *Perceval*. Ella le explicará también los misterios de la Tierra Salvaje

donde los caballeros de la blanca paloma, del Graal, sirven a su rey, a su señor *Amfortas*.

Parsifal ciñe ahora dos espadas, la suya ganada a pulso en sus combates, y la que le diera *Amfortas* en Monsalvage. Espada mágica, sagrada. Y *Parsifal* regresa a la corte del rey Arturo, donde combate con varios caballeros de la tabla redonda.

Aparece entonces uno de los personajes más enigmáticos de la obra, *Cundrie*, la que poco o nada se parece a la *Kundry* wagneriana. Pero es en esta aparición donde vamos a encontrar una de las claves del enigma laberíntico de la búsqueda del Grial. El discurso que lanza, que apostrofa, a modo de insulto y escarnio, con mucha carga de violencia, *Cundrie* a *Parsifal*. Y ello es muy sintomático e importante para todo el relato que vendrá a continuación.

Wolfram nos presenta a *Cundrie* como un ser deforme, tanto física como mentalmente. Se dirige en primer lugar al rey Arturo diciéndole que su corte es ahora indigna, descortés, irreverente, por haber acogido a *Parsifal*, a ese ser odioso e infame, según ella. Se dirige después al pobre *Perceval* quien escucha atónito y sin fuerzas para replicar: “Soy presta a jurar que jamás hombre tan bello como vos guarda en su alma tal reserva de falsedad. Sois un traidor y el más vil de los pecadores, como la mordedura de una serpiente (16). Le echa en cara su deshonor por no haberle preguntado nada a *Amfortas*. Le zahiere e insulta, lanzando por fin, mientras se aleja, una última súplica: “¡Ah Monsalvage! ¡Asilo de los peores dolores! ¡Nadie, nadie! ¿no habrá nadie que vaya a llevar allí la esperanza y consolación?”. (17)

Y a partir de ese momento es cuando *Parsifal* sufre en su interior un cambio de mentalidad en su espíritu, y se aparta de Dios a su manera. Piensa que Él le ha abandonado a su suerte y no quiere saber más de él. Sólo confía en su fuerza, en su instinto, en sus sentimientos, en su mujer amada. Y es curioso que cuando se despide de *Gauvain*, su fiel amigo, le diga aquello de que ha de confiar más en su mujer amada que en Dios a la hora de combatir, de luchar. (18)

También a partir de ahí comienza el largo peregrinar de *Parsifal* durante largos años en busca del Grial, en busca de su espiritualidad perdida, del Dios

verdadero. Para demostrar al Mundo, y a su amada, y sobre todo a sí mismo, que no está acabado, que Monsalvage aún le espera. Y Wolfram nos desentendiendo de ese largo errar parsifaliano para irnos de aventuras con *Gauvain*.

Mientras nos narra las aventuras de éste, *Parsifal* aparece y desaparece, aquí y allá. Hasta que finalmente aparece, re-aparece y encuentra el Grial, mitigando el dolor de *Amfortas*. *Parsifal* de esa manera acaba sus sufrimientos, re-encuentra su fe perdida y la Paloma blanca sobrevuela por encima del Santo Cáliz.

En el Cáliz puede leerse una inscripción: "Si alguna vez Dios designa a uno de los caballeros templarios como rey de un pueblo extranjero, este caballero deberá exigir el que nadie intente buscar ni conocer su nombre, ni su origen; y deberá ayudar a ese pueblo a hacer respetar todos sus derechos. Pero si alguna vez se le eleva esa pregunta, entonces se alejará para siempre de allí".

Aquí ya vemos a quien va dirigida la inscripción, al hijo de *Perceval*, *Loherangrin*, el *Lohengrin* wagneriano. La escena queda bañada por una tenue luz blanquecina, un haz potente de luz emana de la parte superior, de fondo resuenan las campanas del Templo del Grial mientras un coro de guerreros de capa blanca, entonan cánticos el loor del nuevo rey del Graal: *Perceval*.

* * * * *

(1) "Parzival", de Wolfram von Eschenbach. Edición francesa. Ed. Aubier Montaigne. París, 1977 (2 vol.) esta será la edición a la cual me remitiré en las sucesivas notas.

(2) "La Walhalla y las glorias de Alemania". Ed. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1911. Tomo 12, pág. 5.

(3) Cfr. J. Fastenrath op. cit. Pg. 7: "fue el último gran poeta de la literatura universal que no sabía leer ni escribir". Cfr. Ernest Tonnelet en "Introducción al Parsifal de W. von Eschenbach". Ed. Aubier Montaigne. París, 1977. Pg. IX: "Es muy probable que utilizase la ayuda de escribas y lectores". Cfr. el propio Wolfram von Eschenbach: "Yo no sé leer ni escribir". Op. cit. pg. 101.

(4) J. Fastenrath. Op. cit. pg. 6.

(5) R. Wagner: "Mi vida". Ed. Janés. Barcelona 1952. Pg. 261.

(6) R. Wagner: "Tannhäuser". Ed. Anna D'Ax. Barcelona, 1962. Pg. 61

(7) J.Mª Serra de Martínez: "Figuras wagnerianas". Ed. Librería literaria. Barcelona, 1928. Pg. 73.

(8) Chrétien de Troyes: "Perceval o el cuento del Grial". Espasa Calpe, col. Austral. Madrid, 1960.

(9) Muy curioso el tiempo narrativo que utiliza Wolfram, quien empieza la historia con las aventuras del padre de Parsifal, Gamuret; y acaba la obra narrando las peripecias del hijo de Parsifal, Loherangrin (Lohengrin).

(10) Wolfram. Op. cit. Pg. 85.

(11) Wolfram. Op. cit. Pg. 118 y 131.

- (12) Wolfram. Op. cit. Pg. 107-8.
- (13) Wolfram. Op. cit. Pg. 209.
- (14) Miguel Serrano: "A.H. el último avatara". Ed. La Nueva edad. S. de Chile. Pg. 509.
- (15) Wolfram. Op. cit. Pg. 206.
- (16) Wolfram. Op. cit. Pg. 276.
- (17) Wolfram. Op. cit. Pg. 278.
- (18) Wolfram. Op. cit. Pg. 289 y 323.